

La página viva

El monólogo del alma

José de la Colina

En junio Karl y yo habíamos alquilado una casa a orillas del mar. Un día en que había buen tiempo y Karl se había ido a la ciudad, fui a asolearme en la playa. Había allí, tendida al sol, una muchacha que vivía en una isla cercana y había venido en bote a este lugar a salvo de miradas indiscretas. Nos adormecíamos tendidas desnudas al sol, y de cuando en cuando salíamos del sopor y mutuamente nos untábamos crema contra quemaduras. Ambas teníamos puestos unos baratos sombreros de paja; el mío lo adornaba una cinta azul, y a través de la entretejida paja yo contemplaba la playa y el luminoso mar. De pronto advertí dos lejanas siluetas que saltaban sobre las rocas, escondiéndose a veces para espiarnos. “Unos chicos nos miran”, le dije a la otra muchacha, que se llamaba Katarina. “Déjalos que miren”, dijo, y se acostó de espaldas. Yo deseaba levantarme y ponerme la bata, pero permanecí acostada sobre el vientre y muy tranquila. Katarina era de pechos pequeños, muslos gruesos y pubis frondoso. Estaba acostada, y quieta, riendo suavemente. Vi que los muchachos llegaban y se ponían a mirarnos descaradamente. Eran muy jóvenes. Uno de ellos, acucillado junto a Katarina, fingía estar aborrito en rascarse los dedos de los pies. Yo comenzaba a sentirme húmeda, pero seguía allí tendida, con los brazos bajo la cabeza y con el sombrero sobre el rostro. Entonces oí a Katarina susurrar al muchacho: “¿Quieres que pasemos un buen rato?”. Lo tomó de la mano, lo atrajo hacia ella y le ayudó a quitarse la camisa y los jeans. Pronto lo tuvo encima de ella y lo ayudó a penetrarla poniendo las manos sobre las pequeñas nalgas del adolescente. El otro chico los observaba, sentado en un montículo de arena. Katarina rió y murmuró algo al oído del muchacho, cuyo rostro enrojecido estaba cerca de mí. De pronto le dije: “¿Quieres también conmigo?”. Y Kata-



Liv Ullmann y Bibi Andersson

rina dijo riendo: “Sí, ahora le toca a ella”. Él se separó de Katarina y vino sobre mí. Me apreté un pecho, y gemí porque me hacía daño, y me penetró inmediatamente. Cuando iba a decirle que tuviera cuidado para no preñarme, sentí, como no lo había sentido ni lo sentiría en la vida, el disparo de su esperma dentro de mí. Me apretó los hombros arqueándose hacia atrás y pareció que, espasmo tras espasmo, no acabaría de llenarme. Katarina nos observaba acariciándole los testículos. Luego volvió a abrazarlo, le guió con la mano el miembro y se satisfizo otra vez; y al terminar lanzó un grito agudo y nos echamos a reír...

Ingmar Bergman, *Persona*.
(Versión de J. de la C.)

La actriz Elisabeth Vogler (Liv Ullmann) ha sufrido un súbito ataque de mutismo durante una representación teatral y se pone descansando a orillas del mar en com-

pañía de su enfermera Alma (Bibi Andersson). Todo al principio opone a esas dos mujeres que son de carácter y de profesiones muy diferentes. A lo largo de *Persona*, película realizada en 1965 por el gran cineasta sueco Ingmar Bergman, Alma lucha contra el silencio de la actriz monologando acerca de su vida, de sus placeres y sus frustraciones, mientras Elisabeth escucha y algunos *flashbacks* nos muestran visualmente momentos de su propia vida y su arte en el teatro, y poco a poco va desarrollándose una mutua ósmosis espiritual entre las dos.

Persona, que trata del juego y el combate de la mutua seducción entre dos seres, es también la confrontación entre el artista y su público, entre la persona y el personaje, entre el parlante y el oyente, y es, a la vez, un filme en el que el arte del cine se autointerroga a través de dos enfrentados rostros.

En 1970 y en la colección CineClub de ediciones ERA, se publicó, traducido del francés y prologado por mí, el guión de *Persona* entreverado con la narración del desarrollo visual de la película ya filmada. Así, la “página viva”, en que transcurre el monólogo de Alma (con su sensual asunto, con su inocente y crudo relato oral de una pequeña orgía playera) es la de la pantalla de cine y de la voz *off*, pero ese relato, aunque ha sido trasladado a texto escrito, sigue siendo intensamente vivo. Bergman logró una de sus más fascinantes películas mayores, una obra en la cual las palabras y el silencio sobrepotencian las imágenes visuales, y declaró que al principio, preguntándose qué título darle, pensó en titularla *Cinematografía 27*, como los compositores de música titulan *Opus 14* o *Sonata número 17*. **U**